

Pas de deux

–¿No son perfectas? Toda mujer soñó alguna vez con unas sandalias así: como de cuento de hadas. Y encima tienen el treinta por ciento de descuento.

–Lo que hace que sólo cuesten unos quinientos dólares. Una ganga –respondió Ricardo, con gesto irónico.

Con las rebajas de fin de año en Nueva York, Elina se obsesionó con unas sandalias doradas de Giuseppe Zanotti, con incrustaciones de cristales Swarovski y taco *stiletto* de doce centímetros.

–Las quiero, Ricardo, y te juro que no me voy a comprar nada más. Además al cambio en euros están a buen precio –dijo Elina sin dejar de mirarse cual Cenicienta sus pies calzados con las sandalias de princesa. Caminaba frente a los espejos del negocio, adoptando poses de modelo y tratando de no tropezar con las japonesas, francesas e italianas que repetían sus movimientos calzadas en otros zapatos, como si de una glamorosa coreografía multicultural se tratara.

Ricardo consultó su reloj, impaciente. Llevaban más de media hora de baile frente al espejo y de argumentaciones acerca de la conveniencia de comprar esas sandalias. Él ya había hecho cuentas y había comprobado que casi no llegaban a cubrir los gastos de todas las actividades programadas; había consultado sus e-mails, había leído las noticias catastróficas de *Clarín* en internet y había tratado de impedir, primero con objetividad y luego con sarcasmo, la compra de esas carísimas sandalias. A pesar de ello, el cansancio pudo más y –ya harto– se dio por vencido.

–Ok, llevéalas, si te hacen feliz... Pero mirá que no da para más: con esto nuestro presupuesto se terminó y tendremos que ajustarnos bastante para pagar las tarjetas cuando volvamos. Pero... todo sea por cumplir tus deseos... –dijo Ricardo y al oírse decir esta última frase sintió que no era cierta, que él jamás podría cumplir los deseos de Elina, como ella nunca cumpliría los suyos.

Elina sonreía encantada por su triunfo cuando, al girar la cabeza hacia la izquierda, descubrió unos botines negros que había visto en la revista *Vogue*. Sintió cómo la angustia recorría su cuerpo: los quería, eran increíbles. En un segundo barajó todas las combinaciones posibles de su guardarropa con esos botines y sin dudar lo pidió en su